

La prensa de la capital, las grandes y elevadas inteligencias, se olvidan de nuestras necesidades; los sábicos políticos no quieren ocuparse de la situación del obrero; el gobierno, con su tiranía al pueblo, no busca a éste más que en los días de conflicto para olvidarlo al día siguiente, y enseñarle una ley que le conceda grandes derechos, pero que llegada la hora de practicarla no es más que su verdugo.

Y el obrero mientras tanto, es la víctima, es el mártir en aras de un sacrificio que no concluye sino en la tumba, para legar muchas veces a sus descendientes la miseria y el mismo camino señalado por su vida que consumió en el trabajo.

Si los que se llaman protectores del pueblo, afiliados en tal ó cual bando político, buscando solo su conveniencia propia, se ocupasen del pueblo obrero y aconsejasen al capitalista y al gobierno las necesidades que nos aquejan y buscasen el remedio a nuestros males, tendrían el agradecimiento sincero del verdadero pueblo, porque el obrero forma en su mayor parte eso gran poder, esa entidad que tanto se nombra por todos los partidos, pero que tan solo se hace uso de ella para asaltar un puesto público ó para predicar una ley que en su esencia es buena, pero que no es más que una de tantas ilusiones que se presentan al pueblo para burlarse de él.

El gobierno, emanado del voto libre (si así fuera en realidad) está lejos de corresponder a los servicios del pueblo que ayer salvó su independencia, que hoy lo sostiene en el poder por su tolerancia, pero que bien podrá volverlo a la nada.

Después de esta serie de males, al pueblo obrero toca levantarse de su postración, buscar la solución del gran problema social que preocupa a todas las clases, por medio del sagrado deber que tiene impuesto por sus mismas necesidades.

Invitamos a todas las clases obreras a la unión mutua de individuos e intereses, para llegar a alcanzar la

regeneración de la industria y del trabajo.

Excitamos por último a nuestros hermanos todos, a que manifiesten sus ideas por medio de nuestro periódico en donde encontrarán dispuestas sus columnas para publicar sus artículos.

J. Mazuzuri.

La Huelga en México

Por algunos periódicos de esta capital se ha dicho que es una locura pensar que pueda regenerarse el trabajo en México por medio de la huelga.

Se cree que es únicamente el espíritu de imitación el que guía al obrero mexicano.

Nosotros vamos a exponer nuestras ideas según lo permitan nuestros muy escasos conocimientos.

La huelga no es ciertamente una idea mexicana.

Pero si en los pueblos del viejo continente nació esta idea, y si ella es buena, si puede producir los resultados apetecidos, ¿debemos rechazarla tan solo porque es extranjera?

Creemos que no.

Tenemos multitud de empresas, infinidad de inventos que no han salido de los hijos del país, y que sin embargo merecen la aprobación de todos.

Hay entre nosotros grandes capacidades que podrían haber concebido un medio para levantar el trabajo.

Pero por desgracia esas inteligencias privilegiadas, solo se ocupan, ó de censurar (con justicia) al gobierno que nos rige, ó de procurarse un empleo en la administración pública.

Hay mucha apatía hacia el obrero por parte de nuestros hombres pensadores.

Nadie se ocupa del infeliz trabajador.

Se le deja abandonado a sus propios esfuerzos.

Se ha visto que la huelga, aunque es un extremo doloroso, suele

traer consigo algunos buenos resultados.

A falta de un medio más eficaz para equilibrar el capital y el trabajo, la huelga viene a llenar el vacío que ya se hacía necesario cubrir para nivelar un tanto los réditos del capital con los productos del trabajo.

La huelga no será una utopía en México.

Tenemos ejemplos muy recientes que hablan muy alto en favor del obrero mexicano.

Los capitalistas han podido pagar que los obreros mexicanos saben también arrostrar las terribles consecuencias de la huelga.

Si el trabajo estuviera regularmente pagado, si no se abusara de la miseria del obrero, muy mal le iría éste en apelar a la huelga.

Pero como el capitalista no cansa de estorsionar a sus operarios creemos llegada la hora de que ponga un "hasta aquí" a tantos días de manes como se cometen diariamente por los dueños de taller.

Cuando se sienten estos abusos y no se tiene siquiera el derecho de quejarse, porque jamás se le da nada a un obrero, es preciso buscar algún recurso que acabe con el despotismo y de cierto modo alivie la miseria del obrero.

En México hay muy poco interés por el trabajo.

De esto tiene mucha culpa el capitalista, que paga siempre mal.

Quien ha comido el pan ganado con el sudor de su frente, a los pocos años de trabajo ansía por abandonar el taller.

Se le cobra odio al trabajo personal.

No se toma interés por el adelanto de las artes.

El obrero se fastidia al considerar los pocos productos de su trabajo.

Y de ahí viene la huelga en México.

Se necesita levantar la industria y las artes de la postración en que están, y no encontramos otro medio más a propósito.

Gonzalo A. Luján